

un pueblo que le confesara de verdad y le sirviera santamente» (GS, 32; LG, 9). La gran tentación del cristiano puede ser replegarse en su propia individualidad personal, renunciando al contenido y proyección social de su fe y su esperanza; pero la tentación más frecuente de nuestra sociedad secularizada y de los estados de derecho modernos es también querer replegar la experiencia religiosa al ámbito exclusivo de la conciencia individual y recluir la acción de los grupos religiosos al ámbito de la sacristía. La esperanza cristiana no es únicamente un mensaje para la persona, sino también para la sociedad; de lo contrario, estaríamos renunciando a la universalidad de la salvación y al contenido esencial del Evangelio, que es la proclamación del reino de Dios. Una fe que no incluya un compromiso positivo en la construcción de una sociedad más justa y pacífica, más compasiva y solidaria, más integradora y acogedora de los débiles y necesitados, sería una fe vacía y alienadora. Una respuesta que prescindiese de la esperanza y el compromiso por una sociedad orientada hacia el reino, dejaría de ser evangélica. El cristiano que da razón de su esperanza sabe que «el pobre es el lugar de encuentro con Dios en la historia; por eso, ante el pobre cada persona se lo juega todo...; creer en el Dios de Jesús conlleva creer que la justicia, la fraternidad y la humanización serán la última realidad de la historia»³².

6. Toda respuesta ha de adquirir la forma del diálogo

Esto no tiene que significar una renuncia a la proclamación del Evangelio ni una acomodación o nivelación del mensaje cristiano, sino simplemente ser testigos de un Dios que ha enriquecido al hombre con el don de la libertad y ha entrado en un diálogo de amistad con la humanidad a través de la revelación divina. Por eso mismo, el anuncio, el testimonio o la respuesta cristiana nunca podrá hacerse adecuadamente desde la imposición sino desde el diálogo. Pero esta exigencia esencial de la respuesta cristiana siempre supone un reto muy especial en nuestra sociedad pluralista, donde el cristiano debe aprender a convivir en una actitud positiva y testimonial con los que no piensan ni creen como él, y donde hay que aprender a valorar más los elementos que nos unen que los que nos separan, como propuso Juan XXIII para la Iglesia del Vaticano II. Para entrar en esa pedagogía cristiana del diálogo, hay que comenzar por aceptar la estructura «dialógica» de nuestra existencia humana, por aceptar a los demás en cualquier situación como un valor y un don para nosotros. Pero el diálogo implica también saber escuchar: «que cada uno sea diligente para escuchar y tardo para hablar» (Sant 1, 19); y Pablo VI en la encíclica «Ecclesiam suam» sobre el diálogo, decía que «antes de hablar deberíamos oír la voz y el corazón del hombre...», pues el clima del diálogo es la amistad y el servicio». Por eso, podemos decir que en muchas situaciones «el diálogo es el nuevo nombre de la caridad»³³ y pertenece, sin duda, a la esencia del testimonio y la presencia cristiana en el mundo de hoy.

³² R. AGUIRRE, *op. cit.*, 21 y 39.

³³ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica, Vita Consecrata, nº 74.

«Le hablaré al corazón».

Lectura de Oseas

para el hombre de hoy

Rev. Aragon. Teol. 7 (1998)

Pedro Ignacio Fraile Yécora

El año pasado aparecía en una publicación teológica española la recensión de un artículo sugestivo¹. Los «años setenta», época utópica y soñadora, cantábamos el «hombres nuevos creadores de la historia». Medellín afirmaba «América Latina es una realidad prometedora y cuajada de esperanzas». Los «años setenta» tuvieron su profeta, Amós. Es el profeta que expresa la fe en la voluntad y capacidad de cambiar el mundo y acabar con las injusticias.

Después de «los ochenta», la década de «los noventa» supone el ocaso de la utopía y del compromiso temporal. Se pasa de la euforia al desencanto, del compromiso a la intimidad, de la sobrevaloración del futuro a la aceptación del presente. Es el paso «de Prometeo a Narciso». Evidentemente no todo es negativo, sino que la recuperación del sujeto, de la persona y su ansia de felicidad están ahí como reto. El profeta que el mundo occidental actualmente necesita es Oseas, el profeta de la pasión amorosa de Dios sin renunciar, obviamente, a la denuncia de injusticias y lucha por un mundo de hermanos que representa Amós. La nueva evangelización, plantea el artículo, sólo se podrá llevar a cabo desde un nuevo «conocimiento» de Dios, del Dios amor-afecto-perdón. Se trata de una manera nueva de relacionarse con Dios que Oseas expresa con la frase «*me llamarás esposo mío, ya no me llamarás ídolo mío*» (Os 2,18). Dios, en esta nueva relación que se abre, «habla al corazón».

No podemos dejar de lado el éxito de un libro que hace una lectura nueva de la parábola conocida como «del hijo pródigo». Las veinte ediciones que ha conseguido en tres años, con lo poco que se lee en nuestro país, ¿es pura coincidencia? *El regreso del hijo pródigo*² de Henri Nouwen más que un relato apasionante o una narración brillante ha significado para muchas personas un encuentro con un rostro distinto de Dios, con el Dios de la misericordia. La conocida parábola del «hijo pródigo» ha sido todo un redescubrimiento para los que tenemos que vivir a finales del segundo milenio.

Oseas tiene fuerza en sí mismo, en su mensaje, en su sorprendente novedad; es el primer profeta que utiliza este término, *hésed* (ternura-afecto-misericordia), para hablarnos de cómo es Dios y consiguientemente cómo entabla su relación apasionada con el ser humano. Él abre un campo fecundo en la fe yahvista que poco a poco el pueblo creyente irá trabajando hasta que nos dé como fruto maduro la hermosa parábola del buen samaritano.

1. De Amós a Oseas

Amós y Oseas, dos profetas, dos mensajes, dos formas de situar la palabra de Dios en el mundo. Los dos son contemporáneos y pertenecen a un mismo estado: ambos sufrieron en el Rei-

¹ M. DÍAZ MATEOS «Les hablaré al corazón» (Os 2,16), en *Selecciones de Teología* 140 (1996) 272-278.

² H. NOUWEN, *El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*, Madrid 1994. La vigésima edición es de julio de 1997.

no del Norte (Israel) el turbulento s. VIII, con sus opulencias en la capital, Samaría, con el desprecio por el israelita pobre y débil que se debe vender para sobrevivir, con la prepotencia que hace frente a la misma Asiria, y con el fin trágico del Reino en el año 722. Israel ha olvidado que el dueño de la tierra es Yahvéh y que se fija en el pobre y en el abatido; ha olvidado que ha establecido una alianza con Dios para ser un pueblo libre; ha echado en olvido que Dios es celoso y no soporta compartir su exclusividad con ídolos de barro que deforman su rostro y oprimen al pobre.

1.1. Amós, heraldo de la justicia

Amós³ es el profeta de la «justicia social», el hombre audaz que pone el dedo en la llaga de las injusticias más clamorosas y llama a las cosas por su nombre.

*«escuchad esto, los que aplastáis al pobre
y tratáis de eliminar a la gente humilde (...)
El Señor lo ha jurado, por el honor de Jacob:
nunca olvidaré lo que han hecho
¿Cómo no va a temblar la tierra por todo esto?» (Am 8, 4.7)*

Amós se enfrenta tanto a la autoridad civil como a la religiosa. Amasías, sacerdote-funcionario del santuario real de Betel, monta en cólera porque Amós denuncia el bienestar de unos pocos fruto de la explotación de los mismos israelitas y anuncia la próxima destrucción del reino de Jeroboám. La osadía alcanza límites provocativos al proclamar su denuncia en Betel, santuario real⁴.

*«Amasías dijo a Amós:
vete, vidente, márchate a Judá;
gánate la vida profetizando allí
pero no sigas profetizando en Betel
porque es el santuario real y el templo del Reino» (Am 7, 12-13)*

Amós no soporta el doble juego de abusar del pobre y querer tener contento a Dios. Aborrece estos cultos tumultuosos y coloristas pero pervertidos en la misma raíz, porque Yahvéh, el Dios de la Alianza, no soporta las manos manchadas de sangre.

*«Odio, desprecio vuestras fiestas,
Me disgustan vuestras solemnidades.
Me presentáis holocaustos y ofrendas pero yo no los acepto,
Ni me complazco en mirar vuestros sacrificios de novillos cebados..
Apartad de mí el ruido de vuestros cánticos,
No quiero oír más el son de vuestras arpas.
Haced que el derecho fluya como el agua
Y la justicia como río inagotable» (Am 5, 21-24)*

Amós es actual y sugestivo porque su mensaje, desgraciadamente, no pierde vigencia. Basta realizar el ejercicio que nos propone J.L. Sicre⁵: cambiemos el nombre de célebres santuarios israelitas ajenos a nosotros por otros nombres cercanos y actuales; hagamos la transposición de las prácticas falsamente religiosas, populistas y vacías por otras que tiene lugar hoy, y demos nombres vigentes a las idolatrías de siempre: culto al dinero, ambición de poder a costa de los débiles de este mundo, pretensión de manipular la divinidad.

En definitiva se trata de una religiosidad recargada de ritos complicados y falsamente tranquilizadores pero ajena al verdadero conocimiento de Dios y a una ética que comprometa al orante. Esta importante dimensión profética de la denuncia social y del rechazo de Dios a todo falso cul-

³ Amós predicó en torno a los años 760-750 a.C., coincidiendo con el reinado de Jeroboám II (786-746 a.C.).

⁴ Betel es un santuario fundado por el rey Jeroboám I al sur del Reino de Israel al dividirse los dos Reinos (993), para que la población israelita no peregrine a Jerusalén. Aunque era un santuario yahvista muy pronto sintió los envites de la pre-sión religiosa cananea.

⁵ Cf. J.L. SICRE, *Introducción al Antiguo Testamento*, pp. 193-197, Estella, 1992.

to está representada por Amós, si bien se entronca con la tradición profética de Israel; Elías denuncia al rey Ajab por el asesinato de un pobre, Nabot, para apropiarse de su viña.

«Has asesinado y encima expropias» (1 Re 21,18).

1.2. Oseas, el profeta del amor de Dios

Oseas⁶, sin abandonar la denuncia de los atropellos e injusticias, hunde sus raíces en otra dimensión profética ya desarrollada por Elías y los grandes profetas del Norte: la alianza entendida como pacto de fidelidad de Dios con su pequeño pueblo. La experiencia de Dios que les liberó de la opresión, que les condujo por el desierto y que estableció una Alianza constituye el núcleo más íntimo e irrenunciable del ser de Israel.

El pecado del pueblo aparece, consiguientemente, como la obcecación del que no quiere reconocer al Dios que le ha salvado, que le ha regalado la tierra y se va detrás de los baales que le incitan a una nueva esclavitud, mucho más sutil, que destruye los vínculos de Dios con el hombre.

Oseas denuncia el pecado del pueblo que seducido por las ciudades estado cananeas y deslumbrado por el lujo de las fenicias olvida a Yahvéh y agradece su bienestar al poder de los Baales. Así el pueblo liberado de la opresión, que se ha comprometido a vivir para siempre en una dinámica de libertad, que veía en la tierra un regalo de Dios, acepta ahora la invitación a gozar de la riqueza injusta y olvida que Yahvéh es un Dios celoso. La confesión de fe israelita en el Dios único,

*«Escucha Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno» (Dt 6,4)
cede su lugar a la idolatría en el corazón del pueblo.*

2. «No mi pueblo»

2.1. Una lectura simbólica

El lector que desee adentrarse en la lectura de los profetas debe afrontar inexcusablemente su clave simbólica, so pena de no llegar al corazón de su mensaje. El lenguaje simbólico en los profetas de Israel aporta imágenes novedosas y atrevidas, a la vez que sugestivas para comunicar la única y difícil experiencia del pueblo con su Dios.

La primera sorpresa que nos depara este librito (sólo catorce desiguales capítulos) es la adopción del simbolismo matrimonial para expresar la relación de Yahvéh con Israel. Oseas nos presenta en imagen matrimonial a Yahvéh como marido e Israel como su esposa.

La segunda sorpresa viene de la mano del simbolismo anterior. La esposa no es fiel a su marido; una vez es llamada «prostituta», en otro lugar «adúltera». Obviamente no es lo mismo; sólo tienen en común la infidelidad al varón con quien se habían desposado. No podemos entrar en los difíciles problemas que se han planteado desde los tiempos antiguos acerca del doble mandato que Dios le hace a Oseas: «cásate con una prostituta» (1,2), «anda otra vez y ama a una mujer ... adúltera» (3,1) ¿Debemos considerarlo como un «acto simbólico» que Oseas llevó a cabo para denunciar el pecado del pueblo y por tanto hecho real o sólo es una alegoría que nunca se cumplió? ¿Son dos mujeres o la misma?

Hoy la mayoría de autores creen que Oseas parte de una infeliz experiencia personal para expresar con sorprendentes y arriesgadas imágenes la difícil relación de Dios con su pueblo. Oseas destaca por su capacidad para elevar a reflexión teológica sobre la alianza su experiencia matrimo-

⁶ Históricamente lo debemos situar después de la muerte de Jeroboám II. Vivió los turbulentos años de la sucesión de éste y las campañas expansionistas de Asiria con Tiglatpileser III. Denuncia los continuos asesinatos que tienen lugar en el reino del Norte en la búsqueda del poder y a Judás porque, aprovechándose de las invasiones asirias ha ensanchado su frontera norte (5,10).

nial fracasada. A nadie se le oculta la fuerza expresiva del símbolo para expresar la gravedad y la totalidad del pecado del pueblo. El gesto se trasciende para denunciar la culpa obstinada de Israel.

Un tercer elemento simbólico aparece en los nombres de los hijos nacidos de su relación. Son «mensajes de carne» que proclaman allí por donde van la admonición última de Dios.

«Jezrael» será el nombre del primero. Su nombre traerá continuamente a la memoria el valle donde tuvieron lugar las matanzas llevadas a cabo por Jehú (2 Re 9-10). Jezrael evoca tragedia que servirá de aviso para todo el pueblo.

El segundo hijo, una niña, recibirá el nombre de «*No-compadecida*» anunciando que Yahvéh no dará más oportunidades a su esposa-Israel, que la última gota ya ha colmado el vaso.

«*No-mi pueblo*» será el nombre que se impondrá al tercer hijo. La gravedad ha llegado a su máxima expresión. El nombre quiere indicar que Dios se arrepiente de toda la historia anterior y se niega a sí mismo. Yahvéh que ha prometido «*vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios*» (Ex 6,7), que lo ha establecido como «*pueblo de su propiedad*» (Dt 7,6) ahora grita a sus oídos «*no (sois) mi pueblo*».

Dos «actos simbólicos» (matrimonio y nombres) que trascienden la vida del profeta y la convierten en mensaje escrito de Dios para los que quieren oír.

Por fin en el capítulo once aparecerá la relación de Yahvé con su pueblo no en clave matrimonial sino filial. Yahvéh es el padre que se vuelca sobre Israel, el hijo desobediente.

La relación amorosa de Yahvéh con Israel se verá truncada una y otra vez por un pecado repetido de infidelidad, unas veces por idolatría, seducido por los dioses cananeos; otras veces por la seducción de las alianzas políticas que olvidarán que Yahvéh es el único rey de Israel.

2.2. El pecado de la idolatría

Israel se define a sí mismo como «pueblo de la alianza»: «Tú serás mi pueblo y yo seré tu Dios». Estas palabras, quizá demasiado usuales para nosotros, pueden no dejarnos acceder al centro vital donde palpita el ser que constituye y da vida al pueblo. Israel no se puede entender sin referencia a Yahvéh. Es un Yo y un Tú necesarios. Israel, si vanidosamente se mira a sí mismo creyendo que no necesita a Yahvéh se autodestruye. La alianza bilateral lo constituye y lo consagra. Son dos en relación, en comunión, nunca uno solo.

El pecado de idolatría es un pecado de infidelidad. Es ruptura consciente de la alianza, es buscar la vida en ídolos de piedra dando la espalda al Dios vivo. La gravedad de este pecado está en que abandonan al Dios que da la vida y que da la libertad para ir detrás de los ídolos que les conducen a la muerte y a la esclavitud. De pueblo libre pasa de nuevo a pueblo esclavo.

Oseas denuncia al pueblo de Israel que abandona a Yahvéh, su Dios, para servir a los Baales, dioses del panteón cananeo. Es un pecado antiguo al que Elías tuvo que hacer frente con dramatismo, dando muerte a 450 profetas de Baal (1 Re 18, 20-40)

Los israelitas, provenientes de una cultura ganadera seminómada, al sedentarizarse y necesitar asegurar las cosechas se echan en los brazos de las divinidades cananeas. Baal fecunda la tierra con su lluvia y es el dueño y señor de las cosechas. Se ven en la obligación de suplicar su favor con sacrificios y holocaustos en los altozanos y buscan asegurar el éxito de la cosecha con ritos de fecundidad, incluso —según algunos autores— llegando a prácticas de prostitución sagrada. Yahvéh truenas declarando públicamente el pecado de su esposa-Israel.

*«ella no reconocía que era yo
quien le daba el trigo, el mosto y el aceite» (Os 2,10)*

2.3. El pecado de la monarquía

Una primera lectura rápida de la Biblia nos puede llevar a la falsa idea de que la institución monárquica estaba establecida en Israel como un elemento compacto, sin fisuras, aceptado por el pueblo, si bien no podemos obviar los problemas propios que la llevaron a la división.

Una segunda lectura más detenida nos descubre que no todo Israel aceptó de buen grado la institución monárquica y que en cada uno de los dos reinos salidos de la secesión tenían una concepción distinta. Mientras que en el Norte-Israel predominaba su carácter electivo-carismático, en el Sur-Judá tomó carta de ciudadanía su carácter dinástico.

Oseas, en línea con los profetas del Norte, no veía en la institución monárquica un motivo de gloria para Israel sino, todo lo contrario, era un motivo de pecado. Los hechos históricos nos son conocidos. Israel vivía bajo la influencia de los vecinos del Norte (Fenicia y Siria) a la vez que convivían con una importante población de origen cananeo no asimilada a la población israelita. Conocemos a la reina Jezabel y a su hija Atalía, ambas esposas de reyes israelitas. Éstos cumplían antes los deseos de sus cónyuges que los preceptos religiosos marcados por la Alianza y recordados una y otra vez por los profetas.

Por otra parte la institución monárquica era leída en algunos círculos proféticos como rechazo de Dios mismo. Israel no quiere vivir en la dinámica de la Alianza con Yahvéh y prefiere buscar las alianzas con los pueblos vecinos.

«A Samuel le desagradó que pidiesen un rey para que los gobernara y se puso a invocar a Yahvéh. Yahvéh le dijo: haz caso al pueblo en todo lo que te diga porque no te rechazan a ti; es a mí a quien rechazan, no me quieren como rey. Así se han portado conmigo desde el día en que los saqué de Egipto hasta hoy; me han abandonado para dar culto a dioses extranjeros» (1 Sam 8,6-8)

3. Movimientos en las entrañas de Dios

Al leer la Sagrada Escritura descubrimos que Dios tiene pasiones, monta en cólera, se irrita, otras veces se abaja y se compadece. En el interior de Dios hay movimientos, y ante el pecador Dios no se queda impasible.

3.1. Yahvéh es el esposo enamorado de Israel (Os 2)

La trama se desarrolla en un complejo cuadro en forma de poema. Sus protagonistas son Yahvéh-esposo traicionado, Israel-esposa infiel, y los dioses cananeos-amantes. Yahvéh-esposo desgrana ante el lector los sentimientos que va recorriendo su corazón y la amargura del marido traicionado.

*«Acusad a vuestra madre, acusadla (...)
que quite de su rostro los signos de prostitución (...)
sí no, la dejaré desnuda (...)
la convertiré en tierra reseca
y le haré morir de sed (...)» (2,4-5)*

La cólera ha cegado sus entrañas y sentencia: *«No me compadeceré más de sus hijos porque son hijos de prostitución»*. (2,6) Yahvéh-esposo traicionado no tiene otra alternativa que tomar una decisión, no puede permanecer impasible. ¿Qué soluciones puede adoptar?

La primera es recurrir a la astucia, ponerle una serie de obstáculos para que no pueda irse con sus amantes y termine volviendo a él:

*«Voy a cerrar con espinos su senda
y a ponerle delante una valla
para que no encuentre su camino.
Perseguirá a sus amantes pero no los alcanzará;
los buscará pero no los encontrará;
entonces dirá
“Voy a volver a mi primer marido
pues entonces me iba mejor que ahora” (vv. 2, 8-9)*

Es una solución ingenua, pues sólo busca evitar el encuentro con sus amantes, pero no toca el corazón de la esposa, ésta no se convierte. Su mujer ha dicho, «*me voy con mis amantes*» (v. 7). Ante sus ojos aparece la posibilidad del castigo. Él mismo la llevará ante los tribunales para humillarla y arrebatarle todos los dones que les atribuía:

*La desnudaré ante sus amantes (...)
Haré cesar todo su alborozo (...)
Arrasaré su viña y su higuera,
de los que decía:
«Son mi paga, me las han dado mis amantes (...)
La castigaré por haber festejado a los baales (...)
olvidándose de mí (vv. 12-15)*

Tampoco esta segunda «solución» del castigo responde a su corazón. Humillará y castigará a su esposa, pero, ¿conseguirá recuperarla con vida? Se abre la puerta del perdón. Un perdón absoluto que olvida el pasado y restaura los pasos de un nuevo amor:

Reencuentro y nueva seducción

*«voy a seducirla,
me la llevaré al desierto
y le hablaré al corazón» (2, 16)*

La cubre de regalos

«le devolveré sus viñas» (2, 17)

Vuelta gozosa al primer amor

«me responderá como en los días de su juventud» (2,17)

Comienza una nueva intimidad

*«me llamarás mi marido ("ish)
y no me llamarás mi dueño (Baal)» (2,18)*

Nuevos desposorios

*«te desposaré conmigo para siempre
te desposaré en justicia y en derecho
en amor y en ternura» (2, 21)*

Nueva relación familiar

*«me compadeceré de «No compadecida»
diré a «no-mi pueblo»: «tú-mi pueblo»
y él dirá «Tú mi Dios»» (2,25)*

3.2. Yahvéh es el padre, e Israel el hijo de sus entrañas (Os 11)

Si leemos despacio el poema del capítulo once encontraremos una nueva presentación del mismo misterio del Dios-amor. En esta ocasión los protagonistas son presentados en una relación filial: Yahvéh es el padre, Israel es el hijo y los dioses cananeos son los amigos que apartan al hijo del padre.

Dios como buen padre «ama», «llama», «enseña a andar», «abraza», «lo lleva en brazos»

*«Cuando Israel era niño yo lo amé
y de Egipto llamé a mi hijo (...)
yo enseñé a andar a Efraím,⁷
y lo llevé en mis brazos (...)
fui como quien alza un niño*

⁷ Efraím es Israel. A veces se denomina así porque el Reino del Norte (Israel) estaba asentado en la montaña de Efraím.

*hasta sus mejillas
y se inclina hasta él
para darle de comer» (11,1-4)*

El hijo da la espalda al cariño del padre y se va tras los ídolos que le esclavizan

*«cuanto más los llamaba
más se apartaban de mí.
Ofrecían sus sacrificios a los baales
Y quemaban ofrendas a los ídolos» (11,2)*

El castigo debe ser inminente y total

*«la espada irrumpirá en sus ciudades
destruirá sus defensas y los devorará
a causa de sus maquinaciones» (11,6)*

Sin embargo aparece de nuevo quién es Yahvéh. A Dios se le conmueven las entrañas y de su corazón sólo puede brotar el perdón que acoge.

*«¿cómo podré dejarte Efraím,
entregarte a ti Israel?
El corazón me da un vuelco,
todas mis entrañas se estremecen
No cederé al ardor de mi cólera, no destruiré a Efraím,
que soy Dios y no hombre, el Santo en medio de ti
y no enemigo devastador» (11, 8-9)*

4. Dios es misericordia y fidelidad

Hemos llegado al corazón de Oseas y a su novedad: los movimientos que tienen lugar en las entrañas de Yahvéh son justicia (*sedeq*), derecho (*mispat*) amor (*hesed*) y misericordia (*rahamim*) (Os 2,21). La única solución del pecador es «conocer a Dios».

4.1. ¿Conocemos a Dios?

A muchos cristianos este Dios les resulta chocante porque inconscientemente asocian al Dios del Antiguo Testamento con el castigo y la ira, mientras que ven en el Dios del Nuevo Testamento al Dios de la misericordia anunciado por Jesucristo. Esta concepción no sólo es falsa sino además nunca aceptada por la Iglesia.

Tampoco es difícil encontrarnos en amplios sectores del pueblo creyente con la «opinión común» de que Dios que por ser Santo y Justo aborrece el pecado, viéndose forzado a castigar al pecador. La sorpresa para muchos es mayor cuando descubren que esta concepción de Dios amor tiene su inicio en un profeta ocho siglos anterior al mensaje cristiano.

Dios sigue siendo el «gran desconocido» a pesar de que generación tras generación hablamos de Él. En definitiva, nos dice Oseas, lo que tenemos que hacer es «conocer a Dios» y descubriremos cómo nuestra vida entra en una nueva dimensión. Oseas aparece en el borroso paisaje de un Dios lejano y castigador como un aire fresco y renovador que nos propone un nuevo conocimiento (*daat*) de Dios que inaugurará una nueva relación con Él.

Un nuevo conocimiento-relación que no sólo nos llevará a destruir los ídolos sino que no permitirá que hagamos de él un ídolo. A Dios lo convertimos en ídolo cuando hacemos de Él un ser opresor por el miedo o la fuerza, cuando no «habla al corazón» sino que lo encoge.

Un nuevo conocimiento-relación que nos llevará a verlo no ya como «dueño (*baal*) mío sino como «esposo (*'ish*) mío». La relación no será de sumisión o despotismo sino de amor porque los esposos pueden hablar «de corazón a corazón» y entre ellos brota el amor, la ternura, el afecto, el perdón.

4.2. «Amor fiel»

Siempre es difícil traducir, mucho más cuando se quiere trasponer a otra lengua la densidad y la riqueza de una palabra. Traducir «*hesed*» por bondad es insuficiente. Buscando en las distintas traducciones nos hemos encontrado con «amor», «ternura», «afecto». Tanto la Vulgata como la importante versión de la LXX la traducen como «misericordia» (*eleos*).

Según Alonso Schökel *hesed* presenta dos significados fundamentales: misericordia que subraya el aspecto gratuito de benevolencia y lealtad, que resalta el compromiso. Propone como posibles traducciones cariño, afecto, benevolencia, compasión, conmiseración, siendo sus palabras sinónimas misericordia, amor, favor, bondad, lealtad y fidelidad.⁸

«*Hesed*» aparece frecuentemente en los textos bíblicos junto con la palabra «fidelidad» (*emet*). El sentido originario de «*emet*» es firmeza, estabilidad. Indica la credibilidad y veracidad de una persona en cuya palabra puede uno apoyarse. Dios es fiel para cumplir la promesa que ha brotado de su palabra dada. Los dos calificativos más señeros que el Antiguo Testamento aplica a Dios son «rico en amor» y «lleno de fidelidad». Amor y fidelidad, dos palabras que forman una endíadis y que podemos traducir por «amor fiel».⁹

Un texto muy importante que nos ayudará a comprender mejor quién es Dios lo encontramos en Ex 34, 6-7.

«Yahvéh pasó ante Moisés proclamando: Yahvéh, Yahvéh, Dios compasivo y clemente, paciente y misericordioso y fiel, que conserva la misericordia hasta la milésima generación, que perdona culpas, delitos y pecados, aunque no deja impune y castiga la culpa de los padres en los hijos, nietos y bisnietos.»

Debemos añadir que la parte final de este texto no contradice las afirmaciones anteriores ya que lo que presenta con vivacidad es un contraste: mientras que la misericordia se extiende a mil generaciones, el castigo a cuatro. El texto subraya la inmensa capacidad de amar de Dios frente a la escasa capacidad de castigar.

5. La ternura entrañable como anuncio de Buena Noticia

La imagen paterna de Dios pasará a través de Jeremías (31,20) y llegará al Nuevo Testamento donde encuentra su parábola más perfecta en la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32).

Es importante notar que este poema no habla de la conversión del hijo, al igual que el capítulo segundo que hemos visto anteriormente no habla de la conversión de la esposa. El acento recae totalmente en el amor gratuito de Dios.

El mensaje del profeta Oseas tiene algo de desconcertante. Nuestra lógica religiosa sigue la lógica del pecado —conversión— perdón. La novedad de Oseas, que lo convierte en precursor del Nuevo Testamento es que invierte el orden y que el perdón antecede a la conversión. ¡Yahvéh perdona antes de que el pueblo se haya convertido!

Esta idea no debería resultar extraña a la fe cristiana ya que san Pablo nos recuerda que

«la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores» (Rm 5,8)

Lo mismo dice san Juan en su carta:

«En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que Él nos amó primero y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4,10)

⁸ Cf. «*Hesed*» en L. ALONSO SCHÖKEL, *Diccionario bíblico hebreo español*, Madrid, 1994, 267-268.

⁹ Cf. J.M. ROVIRA BELLOSO, *Revelación de Dios, salvación del hombre*, Salamanca, 1982, 127.